



La voz de los 80

Santiago, Marzo, 2005

En los años ochenta, desde las más diversas concepciones filosóficas, religiosas o ideológicas, muchos jóvenes ingresamos a la política activa para luchar por la democracia. Todos juntos exigimos el fin de la dictadura, el respeto de los derechos humanos, la justicia social, la instauración de una economía solidaria. Nuestra generación se definió por esa profunda radicalidad democrática.

Nos organizamos, conquistamos espacios de libertad en las universidades, los sindicatos, las poblaciones, nos manifestamos en las calles, enfrentamos la represión. Junto a muchas otras personas, derrotamos a la dictadura en el Plebiscito y apoyamos el programa del primer gobierno democrático, que prometía una patria buena y justa para todos, un Chile nuevo y solidario.

Quince años después, miramos la realidad y vemos que el modelo neoliberal, impuesto a sangre y fuego por la dictadura, se mantiene, aunque se hayan corregido sus aspectos más brutales. Se ha terminado la represión indiscriminada de los años ochenta y se han efectuado avances en materia de derechos humanos, pero la desigualdad social crece, se consagra la precariedad laboral, se organiza una economía centrada en la ganancia, que deja de lado el bienestar de la población y carece de una efectiva política ambiental, todo ello siguiendo estrictamente los dictados de los centros financieros y las grandes potencias y volviendo la espalda a nuestros países vecinos.

Por esta vía, se desechan las demandas de los trabajadores, de los consumidores, de los pobladores, de las minorías étnicas y sexuales, de los grupos de defensa del medio ambiente, de la juventud. La política se transforma en un asunto de las élites. Unos pocos privilegiados deciden la economía y controlan los medios de comunicación, consagrando la exclusión de las grandes mayorías. La prensa, en manos de dos consorcios ligados a la gran empresa, no permite un verdadero debate público. La democracia se reduce a votaciones entre alternativas sin diferencias significativas, un ritual completamente vacío. Se deja de lado cualquier intento por construir la sociedad por la que luchamos.

¿Existe aún nuestra generación? Cada cierto tiempo se escuchan reclamos sobre la escasa figuración, en el sistema actual, de quienes fueran representantes de los jóvenes de los ochenta. Pero el problema no es la falta de protagonismo de una u otra

persona, por muy valiosa que sea, sino la desaparición del programa democrático y unitario que nos vio nacer al mundo de la política.

No nos quedaremos en el conformismo. La generación de los ochenta debe unirse nuevamente para exigir, junto a muchos otros chilenos, como en esa época, la instauración de la democracia participativa por la que bregamos.

Hoy, la lucha no es contra la dictadura abierta, sino contra un sistema falsamente democrático, que impide la participación popular y favorece exclusivamente a los grandes empresarios y las trasnacionales. Ese sistema se llama neoliberalismo, fue impuesto por la dictadura y los gobiernos de la Concertación no han sabido o no han querido modificarlo.

Como ayer, la lucha es difícil. Como ayer, exige construir la unidad de los más diversos pensamientos ideológicos en torno a ideas tan esenciales como el respeto irrestricto de los derechos humanos, la igualdad, la libertad, el desarrollo sustentable, la construcción de una economía solidaria y de una democracia efectivamente participativa. Chile necesita una nueva Constitución que establezca el derecho al trabajo, a la educación, a la salud y a la vivienda; que reconozca la diversidad étnica y sexual.

Chile necesita que se promueva la organización sindical y popular, que se aseguren empleos dignos y estables para todos, que se promueva la efectiva libertad de prensa, la creación cultural y científica.

Por eso vemos con simpatía el Manifiesto del Cerro Santa Lucía de enero del presente año, su llamado a unir a todos los que desean construir una democracia verdadera en torno a un solo programa, un solo candidato presidencial y una sola lista parlamentaria.

Por eso convocamos a la generación de los ochenta, que surgió del anhelo de unidad y de la más profunda radicalidad democrática, a participar una vez más y volver a luchar por aquellos valores que la vieron nacer.

Generación 80